

El diálogo analítico. Mundos posibles y transformaciones en el campo analítico

Antonino Ferro

“El interés principal del analista estará puesto en el material del cual tiene evidencia directa; es decir, la experiencia emocional de las sesiones analíticas”.

W.R. Bion, *Transformaciones*

Considero que, ya desde los primeros instantes, la sesión de análisis está abierta a infinitos desarrollos posibles: según como interactúen analista y paciente en su diálogo, y sobre todo, según el tipo de emociones que se activen, tendremos infinitos nudos lingüístico-emocionales que nos harán pensar en la sesión de análisis como en una “obra abierta” (Eco, 1962), en la que será fundamental:

- a) que haya un gradiente (beta-alfa) positivo, a favor del paciente;
- b) que el desarrollo de la sesión tenga como “marco” la transferencia entendida como repetición y como proyección de las fantasmaticaciones del paciente;
- c) que permita el desarrollo de la “historia” útil al paciente, y no la confirmación de las teorías del analista (o por lo menos que esta confirmación no impida el proceso de transformación de elementos beta en elementos alfa);
- d) que se tenga en cuenta el hecho de que son infinitas las posibles “historias” que se pueden construir con el paciente; y que cada modelo corresponde a una historia con un dialecto distinto: el de la infancia, el del mundo interno, el de la relación actual, etcétera.

La respuesta del paciente es lo que nos permitirá orientarnos en el camino a seguir, si consideramos en ella la presencia de tres elementos:

- 1) un quantum de transferencia como repetición;
- 2) un quantum de transferencia como proyección al exterior de fantasmas;
- 3) la organización de todo esto a través del pensamiento onírico de la vigilia (Bion, 1962) “que sueña” la respuesta al estímulo interpretativo en tiempo real.

Es muy importante poder pensar en la teoría, no como la más verdadera, sino como la más adecuada

para que permita funcionar analíticamente al analista: siempre que la mayor parte del material a través del cual se construye provenga del paciente, de su historia o de sus identificaciones proyectivas.

Me ayuda, como activador de pensamientos, la conceptualización narratológica relativa a los “mundos posibles”. Es éste un concepto que se desarrolló inicialmente en el ámbito de la lógica modal y extendida a la semiótica del texto por autores como **Petofi** (1975), **Van Dijk** (1976) y **Pavel** (1976).

La definición de **Platinga** (1974) es “a way the world could have been”.

Un buen ejemplo lo encontramos en la película de **Nichetti Stefano Quantestorie** (*Cuántas historias*), en la que, según el prevalecer de una vicisitud emocional o de otra, se delinean y se estructuran varias historias que habrían podido ser¹.

Los “mundos posibles” se entienden, también, como todas las previsiones que el lector hace a medida que lee un texto, y tienen que ver con los conocimientos (las teorías de que se dispone). Estas previsiones, a menudo, nos separan de lo textual y nos llevan a construir mundos posibles sin ninguna relación con lo que el texto sugiere, allá donde tendría que prevalecer el respeto por las categorías de “economicidad” de la lectura y de “derecho del texto” (Eco, 1990)².

La previsión del lector que se “desecha” será un esbozo de otras posibles historias, y en la situación analítica se podría activar el desarrollo de esas otras historias determinadas por los conocimientos o por distintas categorizaciones (Bion, 1965).

No es, entonces, indiferente la respuesta del analista (y aun más, no es indiferente la disponibilidad de su mente a acoger y a dejarse transitar por las identificaciones proyectivas), al contrario, es a partir de ésta cuando se pueden generar tantas historias posibles hasta las extremas variantes de la reacción terapéutica negativa, impasse, transferencias psicóticas, interrupciones (Barale, Ferro, 1992; Ferro, 1993e, 1994), y, menos dramáticamente, las muchas historias posibles en el interior de un análisis que funcione, historias que serán distintas según la inte-

racción entre las dos mentes. Desde esta óptica y entendiendo a los personajes, más allá de la referencia histórica o del mundo interno, como “modalidades expresivas” de lo que pasa en el campo que necesitarán “nudos narrativos” para que puedan ser hablados.

El concepto de campo tiene precedentes en la psicología de la Gestalt, luego reformulado por **Merleau-Ponty** para establecer una psicología del hombre “en situación”, capaz de observar y comprender los hechos psíquicos a través de sus significados en el contexto de las relaciones intersubjetivas.

M. y W. Baranger y Mom (Baranger, Baranger, 1961-62; Baranger, Baranger, Mom, 1983) incorporaron este concepto a las nociones fundamentales del psicoanálisis kleiniano, definiendo la situación analítica como un campo bipersonal, donde lo conocido es la “fantasía inconsciente de la pareja”, estructurada por aportes de la vida mental de paciente y analista, mediatizados por las identificaciones proyectivas.

La patología del paciente como tal no entra en el campo, salvo en relación con la persona del analista, que a su vez contribuye activamente --se espera que en menor grado-- a constituir aquella patología del campo, que será el objeto concreto de la elaboración psicoanalítica.

Dado que analista y paciente forman una pareja complementaria, inextricablemente ligada, los miembros de la pareja sólo pueden comprenderse juntos. Se toma en cuenta, en especial, el funcionamiento mental del analista, que debe permitirle comprometerse --se diría que casi ser capturado-- por las fuerzas del campo, recuperando luego su status como tercero a través de la interpretación y esa “segunda mirada” que hace posible ver a distancia el proceso que ayuda a iniciar, pero cuya especificidad debe poder captar y describir.

Si la identificación proyectiva no es sólo la fantasía omnipotente de un individuo sino, como **Bion** (1980) sostiene, “algo que realmente se da entre dos personas” (**Bion**, 1980), entonces “no sorprende que sea crucial para la estructuración de cualquier pareja” (**M. y W. Baranger**, 1961-62).

La adopción de este modelo radicalmente bipersonal de la identificación proyectiva lleva a cambios importantes en la forma de concebir la dinámica de la transferencia y de la contratransferencia. De acuerdo a los **Baranger**, lo que se describe convencionalmente como neurosis (o psicosis) de transferencia se pensará en términos de campo como neurosis transferencial-contratransferencial, esto es, como función de la pareja.

En la situación analítica, el *insight* ocurre cuando analista y paciente adquieren una comprensión común de las fantasías inconscientes operantes en el campo en el momento relevante. Esto coincide con una reestructuración del campo mismo, como posibilidad de que el pensamiento y la comunicación --tanto afectiva como cognitiva-- se extiendan hacia áreas previamente ocupadas por “baluartes”, es decir, por áreas de resistencia de la pareja, que así se movilizan y diluyen.

El campo bipersonal del análisis es por tanto el lugar de un proceso dinámico caracterizado por la tendencia de la pareja a erigir “baluartes” --vínculos de tipo simbiótico (en el sentido de **Bleger**)-- y por el trabajo orientado a transformar estas experiencias en términos de relación auténticamente objetal. Esta inagotable dialéctica confiere al proceso analítico una trayectoria que los **Baranger**, siguiendo a **Pichon-Rivière**, definen como “en espiral” (**Bezoari, Ferro**, 1991b; **Ferro**, 1993f).

La construcción de historias

Como ya vimos en el primer capítulo (*Nella stanza d'analisi: emozioni, relati, trasformazioni*, 1997), desde el instante en que el campo toma forma a través de la construcción del *setting*, se convierte en el espacio-tiempo de intensas turbulencias emocionales, de remolinos de elementos beta que, emergiendo y estimulando la activación de la función alfa, empiezan a ser transformados en elementos alfa (dotados prevalentemente de calidades visuales) que constituyen, como pequeños ladrillos pictografiados, las subunidades compositoras del pensamiento onírico de la vigilia, al que podemos acceder a través de los derivados narrativos (**Bezoari, Ferro**, 1992a, 1994b; **Sacco**, 1995) y a través de los flases visuales (**Meltzer**, 1982a, b, c).

Intentaré describir algunas situaciones clínicas, en las que a partir de identificaciones proyectivas de emociones aún no pensables, se llegará a una posible textura transformativa de estas protoemociones.

Mario y el pirata

La madre de Mario me describe las dificultades escolares de su hijo, quien a los seis años aún no sabe leer y escribir bien. Me dice que deja siempre unos “agujeros” de unas letras en las palabras, tanto cuando lee, como cuando escribe.

Me describe a Mario como un niño tranquilo,

sumiso y obediente, que está a gusto con los demás niños y que no muestra especial malestar por la situación familiar, bastante compleja y particular en ese momento.

Cuando Mario entra en el despacho de la consulta, le enseño que he puesto a su disposición papel y lápices. Enseguida hace un dibujo (figura 5).

Son sus dos maestras, *Crisna* y *Snone*. Nombres que, intuyo, son por Cristina y Simone: no digo nada por la forma como los ha escrito, y comento que me parecen dos personas con las piernas muy largas, a lo mejor las ve “muy altas”, o quizá “demasiado grandes para él”. Asiente diciendo que prefiere estar con los compañeros antes que con las maestras, y se pone a hacer un segundo dibujo (figura 6): un barco de pesca que se llama *Vela*. Me fijo en unos ganchos en el palo maestro; pienso que tengo que tener cuidado con lo que digo, mis palabras podrían ser el viento que haría mover el barco no sabemos en qué dirección. Pregunto por lo que hacen los dos marinos: “Pescan peces y luego se los comen”, responde. El clima con Mario me parece bueno, pero de pronto advierto una angustia que me sube por dentro y que se define mejor como un sentimiento de molestia, de irritación, de rabia, como si hubiera recibido un golpe, siento realmente dolor, una pesadez “en el estómago”, y me digo: “Clima sereno sí, pero no me oriento, y además me parece todo tan falso; y ¿ por qué me siento tan molesto, mejor dicho, francamente enfadado, justamente mientras todo parece proceder tranquilamente?”.

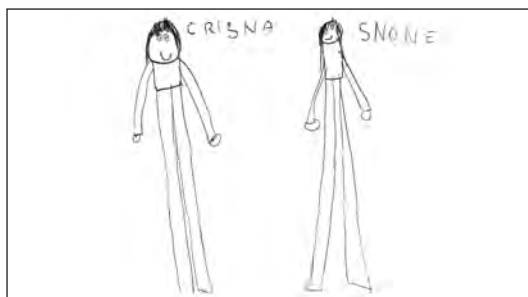


figura 5

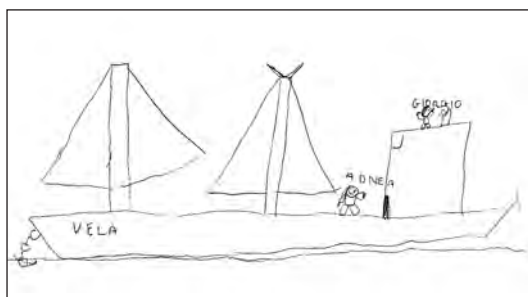


figura 6

Estoy tentado de hacer una interpretación sobre la ansiedad de ser devorado o sobre la avidez, pero dispongo sólo del tiempo justo para considerar las emociones que he probado y reconducirlas dentro de mí a lo que está pasando en la sesión. Cuando le digo que todo me parece “tan tranquilo...”, Mario me interrumpe: “Éstos parecen pescadores, es una trampa: son unos piratas. Yo siempre juego a los piratas, construyo barcos, hago batallas; sobre todo me gusta el cañón con el que el pirata dispara balas que hacen unos agujeros en los barcos adversarios, y me gusta jugar también con la catapulta de Robin Hood, que hace unos agujeros en el castillo”, y enseguida dibuja el cañón y la catapulta (figura 7).

La angustia y la rabia en mí se desvanecen completamente. Encuentro una relación entre las balas, auténticas identificaciones proyectivas de emociones que aún no tienen acceso al pensamiento y que tan violentamente y somáticamente me habían golpeado, y los agujeros en las palabras escritas o leídas: lo que me ha golpeado, en ausencia de un contenedor disponible para acoger y transformar esta rabia, golpea y “hace agujeros” en las palabras. Mario no es consciente de estas emociones, que son las que se le activan en la particularísima situación familiar en la que vive, y donde todos fingen un bienestar que no sienten. Formulo esta hipótesis dentro de mí; siendo sólo una consulta, me limito a preguntarle si hace otros juegos. Y me explica que juega con el ordenador a muchos juegos de terror: Drácula, Batman, Invaders... (figura 8). Pienso que para Mario son fantasmas muy primitivos, y que pueden ser tratados sólo desafectivizándolos con el ordenador, tomando distancias, pero que las energías que quedan libres en el campo se convierten concretamente en “balas” de cañón y de catapulta.

Hago unas mínimas referencias que dejan a Mario insatisfecho y, como respuesta, dibuja a un niño que va solo en bici por el patio (figura 9).

Le digo que, a lo mejor, pronto llegará, para el niño que ha dibujado, alguien con quien jugar, y que me parecería una buena idea si el juego que acabamos de empezar, pudiera continuarlo con otra persona, y que hablaré de ello con su mamá. “Sí, pero a condición de que sea alguien a quien le gusten los piratas”, es la respuesta de Mario, “y sobre todo que no le den demasiado miedo”, añade.

Me parece evidente cómo la renuncia a explicitaciones interpretativas, basadas en el contenido o simbólica de los dibujos, permite vincular figuras pictográficas y emocionales, estas últimas aparecidas, en el nivel contratransferencial, en un desarrollo transformativo que da lugar a un sentido compartible hasta tomar conciencia de la realidad

emocional del “pirata” y de sus necesidades de encontrar un continente (y no una diana) para sus turbulencias emocionales. Poner el acento en las transformaciones narrativas (Corrao, 1991) me ha llevado a considerar la parte dialogada de una sesión como cada vez más asimilable a un dibujo con unas características peculiares: una continua movilidad de todos los componentes, como en “una obra viva”.

Fascinante es, desde esta óptica, seguir la entrada en la sesión de un “personaje”, sus movimientos, transformaciones, su salida de escena para ver cómo otro “personaje” lo sustituye o se le añade (de una anécdota, de un recuerdo, de una historia, de un sueño...), pero siempre dando forma y color a lo que acontece en el funcionamiento mental de la pareja en aquel momento (Ferro, 1996; Badoni, 1996).

Modelos distintos interactúan de forma muy diferente en relación a las “obras vivas” de las sesiones; incluso los que pretenden mayor neutralidad entran en la construcción del campo. Hay que considerar también el hecho de que, a veces, las interpretaciones servirían como defensas de la mente del analista, respecto al quantum de dolor mental no asimilable y no transformable. (Ferro, 1993c).



figura 7

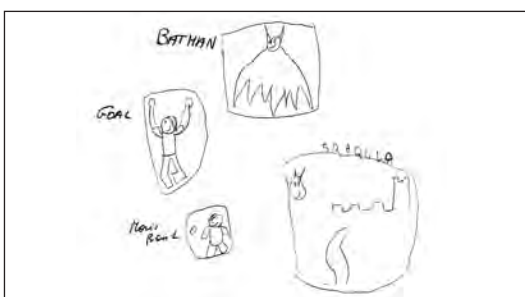


figura 8

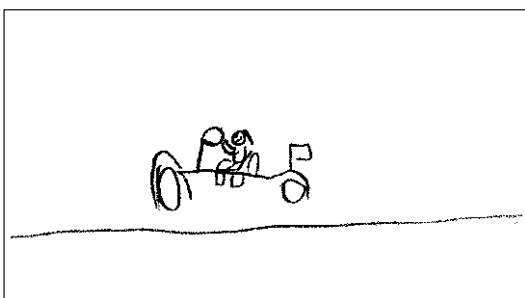


figura 9

Modulación de las tensiones del campo y pictogramas emocionales

En los caso clínicos en que se da una integridad de la función alfa, con la capacidad del paciente para construir elementos alfa y por tanto para soñar y tener un pensamiento onírico de la vigilia (Bion, 1962), puede darse una inadecuación del “aparato para pensar pensamientos”, los cuales pueden ser tratados como elementos beta, y por tanto evacuados (Bion, 1962). Lo mismo pasa con las interpretaciones del analista cada vez que ponen a prueba la función alfa del paciente y su aparato para pensar más allá del umbral de su tolerancia. Es importante, con estos pacientes, dosificar las interpretaciones según su capacidad para asumirlas. Los siguientes ejemplos me ayudan a focalizar estos puntos.

La lavadora de Claudia: ¿qué programa?

Claudia tiene problemas de tipo narcisista que la llevan a negar su sufrimiento y a enmascarar su necesidad de análisis bajo el interés profesional, ya que está cursando su especialidad en psiquiatría.

Ya desde el comienzo se trata de un análisis con graves riesgos de interrupción, actuaciones, amagos de reacciones terapéuticas negativas; hasta que gracias a un sueño entendí que ella “no podía permitirse intervenciones demasiado costosas” (en el sentido emocional).

Entiendo la necesidad de Claudia de negar su sufrimiento sin explicitarlo, y me choca el interés, que enseguida me comunica por el mundo árabe: en lugar de medicina, había estado a punto de estudiar idiomas orientales, se siente fascinada por esa cultura, por las enormes riquezas y por la gran pobreza.

Recuerdo cómo, después de unas interpretaciones, entró en escena el “niño tratado en reanimación porque había comido clavos”, o cómo, después de interpretaciones que me parecían podersele ofrecer de forma directa, entró en escena “una niña que se había quedado casi ciega por haber recibido demasiado oxígeno en la incubadora”, mientras que si me daba cuenta dentro de mí de la sobredosis interpretativa y modulaba las intervenciones, esta actitud era recibida y señalada a través de la entrada en la sesión “de un oculista que, con intervenciones no intrusivas, había ayudado a la niña, con buenas posibilidades de recuperación de la vista”. O también, si me sentía como demasiado eficiente, me hablaba del “primitivo” que, después de hacer un cursillo de *manager*, siempre usaba el “cerebro electrónico”.

Fue significativa para mí una sesión en la que, tras una interpretación directa que conectaba la intensa

rabia que ella podía vivir, después de que había aparecido en sueños en relación a algo que la había hecho sufrir mucho (una herida profunda siempre negada), Claudia me interrumpió, muy asustada, diciendo: “¿Qué pasa, qué pasa? Veo la máscara que hay en el cuadro de enfrente que se levanta...”.

No hace falta que aclare que en el cuadro de la pared de enfrente no sólo no había ninguna máscara en movimiento, sino que tampoco había ninguna máscara dibujada.

Entiendo que las emociones activadas por mis interpretaciones rompían el “continente”, generando una extrema persecución y dando lugar a fotogramas oníricos de la vigilia (Meltzer, 1982a, b, c; Ferro, 1993b). Si después interpretaba esta persecución o los sentimientos generados por mis intervenciones (envidia, celos, dificultad de depender...), se saltaba sesiones, seguían explicaciones de furiosas peleas o aparecía la terrible relación con la hermana mayor, centrada en el rechazo que sentía por cada cosa que provenía de ella: rechazo y desprecio. Comprendo que es imposible interpretar todo esto en la transferencia y entiendo que tengo que modificar mi técnica habitual si quiero evitar una interrupción del análisis. Aparece así Marcello, el nuevo novio, “que se deja guiar por ella y es atento”.

La sigo con interpretaciones muy dosificadas en esta historia de amor que eclipsa a otros posibles pretendientes: Claudio, que sobre todo desea sexo (aparece cada vez que me acerco excesivamente con interpretaciones de transferencia), y Sandro, únicamente capaz de una tierna amistad (aparece cuando me mantengo demasiado reservado y lejano). Marcello parece el correcto camino intermedio y en poco tiempo llegan a la boda.

Pronto espera un niño: el embarazo enriquece la vida emocional de Claudia, que empieza a ser vivida y narrada a través de las emociones que poco a poco se activan y que descubre en el “niño”.

Su ansiedad de separación fue extensamente narrada como la ansiedad del hijo Marco que lloraba y se desesperaba cada vez que la mamá se alejaba. Sus celos fueron como “los celos de Marco cuando se le anunció la llegada de un nuevo hermanito”; sus necesidades, como “el insaciable hambre al límite de la voracidad de Andrea”.

Fue necesario, durante mucho tiempo, quedarse en la historia así como ella la explicaba (obviamente, con mi absoluta convicción de que hablábamos y trabajábamos exclusivamente con hechos emocionales y mentales de la hora de análisis), antes de que fuera posible encontrar de forma más explícita la manera de acercar a Claudia a emociones reconocibles como propias.

Desaparecieron las “muchas medallas” de un sueño de los primeros tiempos del análisis, dejando lugar a los “muchos agujeros/necesidades”, que en otro sueño estaban justamente cubiertos por medallas-prótesis.

Siguió un periodo en que Claudia volvía a apropiarse de áreas geográficas escindidas de su mente: los sueños empezaron a poblarse de gitanos, de vendedores ambulantes, de árabes a veces furiosos como Marco --que cuando estaba enfadado parecía hablar en árabe, de tan incomprendible que era--, a veces pedían asilo. Apareció luego su perra Lassy, con su fidelidad y capacidad de volver a encontrar el camino de casa.

Entraron en escena los niños, muy enfermos, que empieza a tratar como profesional; cada uno de ellos era el representante del problema del que teníamos que ocuparnos (y aquí también fue necesario dar un largo rodeo interpretativo).

Apareció Stella, con la fobia al colegio por el miedo que tenía a una maestra demasiado exigente (cada vez que yo volvía a aumentar mi dosis interpretativa) y la fobia (hacia el final de las sesiones) a las frutas, porque era una señal de que la comida estaba a punto de acabar y su papá se marchaba; Marcella, que quería mucho a su novio aunque no la cuidaba como ella quisiera, y así, muchos otros personajes, cada uno con su “tema”.

Esta forma de trabajar, que a pesar de todo me parecía haber contribuido a poder elaborar, metabolizar, transformar emociones muy primitivas de Claudia, me es señalada en un momento dado como insuficiente por la misma paciente en la sesión siguiente.

Había tenido que retrasar una hora el encuentro³. Al comienzo de la sesión, mientras Claudia empieza a hablar, me noto distraído a causa de una gran irritación con el mal servicio de Correos, culpable de que las cartas no me lleguen puntualmente, pensando, también, en el riesgo de que se pierdan.

Recupero luego la escucha de la paciente, que mientras tanto me explica que ha visto dos películas en color y una en blanco y negro. En la primera, una niña no querida en casa, se mataba y su hermano la vengaba matando a todos los que habían causado su muerte. En la segunda, una triste historia ambientada en Pavía, una chica, mujer de un médico, moría dando a luz una niña que, en cambio, se salvaba.

Dentro de mí no me es difícil pensar en una interpretación exhaustiva de contenido (es decir, entender cómo están presentes en el primer sueño emociones en PS, relativas a la pérdida de una sesión: rabia, desespero y venganza, y cómo en la segunda aparece una reelaboración en D de la sesión perdida, pero

también al mismo tiempo la esperanza por la nueva sesión). Pero, acordándome de cómo la paciente me había mostrado que “aún no tenía el sitio” donde poner las interpretaciones que yo le daba, hago una intervención insaturada, de las que con **Bezoari** (**Bezoari, Ferro, 1989, 1994a**) habíamos llamado interpretaciones “débiles”, recogiendo solamente la distinta tonalidad afectiva de las dos películas.

La paciente, después de un breve silencio, dice: “Me acuerdo de un sueño: lavaba unos jerseys en el programa delicado, va muy bien para la lana muy delicada, pero, como que también la centrifuga, los jerseys se quedaban empapados de agua y temía que pesaran demasiado en el tendedero”.

Tras preguntarle si piensa que el lavado normal podría estropear esos jerseys, me responde que no, porque ya los ha lavado muchas veces con el delicado, y por tanto no hay riesgo de que se estropeen. Y añade que estaba pensando en su hermana Luisa, cuando una vez que le lavaron una mantita estuvo allí tendida, sin poder usarla, hasta que no estuvo seca, y eso la había hecho llorar mucho.

En este momento siento que puedo hacerle el *lavado normal* (que es esperado y deseado) y llevo a la transferencia los sentimientos relativos a la primera película, a la segunda, las vivencias de la “hermana” que no puede esperar, y la nueva capacidad de poder contener sus emociones.

La paciente comenta: “Ahora entiendo toda la rabia que sentí ayer, peleándome con todos...”, y yo, por mi parte, pienso que la rabia que había sentido hacia los carteros que no entregan a tiempo el correo había sido mi forma de asumir las identificaciones proyectivas de la paciente.

El terrorismo vasco

Mimmo viene al análisis por un malestar muy indefinido que lo lleva a negligir los estudios, a dejarse ir, a aburrirse, a quejarse continuamente.

Cuando lo veo en la puerta, con su traje gris, pienso: “Qué aburrido y conformista debe de ser”. Me parece el último superviviente de otra época. Luego percibo como una chispa en sus ojos, y de pronto pienso: “A lo mejor me equivoco, parece un salvaje...”.

La primera época del análisis de Mimmo es dura, con largos silencios. Por mi parte hay aburrimiento y somnolencia; siento que hay algo que está dormido, pero no entiendo bien qué, ni encuentro caminos para abrir una brecha hacia algo más vivo, más vital.

Seguimos así hasta que sucede un accidente del todo imprevisto: una tarde de invierno, mientras

empieza una tormenta, de pronto se va la luz. No estoy equipado para hacer frente a esta emergencia ya que en muchos años no me había pasado.

Mientras estoy a oscuras, me siento invadido por un terror indecible, que hoy todavía no sé describir: un auténtico pánico, siento miedo de que Mimmo se me pueda tirar encima, matarme, apuñalarme, descuartizarme. Imágenes de una violencia inaudita me invaden la mente. Mientras tanto, Mimmo continúa hablando con la misma voz monótona, vuelve la luz, la sesión sigue, pero tengo estas escenas que se han abierto dentro de mí y no sé cómo utilizar. Lo dejo pasar, pero estoy en tensión. Unos días más tarde, me llama la atención una boina⁴ que Mimmo empieza a llevar a la sesión en total falta de armonía con el resto de su ropa, y una vez que se le cae al suelo a la salida me encuentro “recogiendo al vasco”.

En este momento, una intuición me permite conectar lo que había vivido, lo que había empezado a notar en relación con una tendencia a interpretaciones más no suficientemente moduladas, con lo que está pasando, y me digo: “Es precisamente el vasco lo que hay que recoger”. En la sesión siguiente hago entrar en escena cautamente este personaje: si la boina que se cae, y que a lo mejor yo tengo que recoger, no es quizá un vasco del que yo antes no había tenido noción.

Se desarrolla desde este momento toda una narración sobre los vascos, sobre la importancia que las minas de hierro⁵ tienen para su economía, sobre el particular carácter explosivo que los caracteriza... También explica que, recientemente, un joven vasco se ha casado con una prima suya, a la cual él tiene mucho cariño y que hasta se ha interesado por su idioma, que parece no pertenecer a ningún tronco conocido. Más tarde aparecen las bombas, la necesidad de independencia de los vascos, la represión de la identidad vasca... En las sesiones siguientes, a través de relatos de películas, habla sobre los bisontes de las Américas, los animales feroces de un viaje reciente a África, donde el padre, inesperadamente, ha empezado una importante actividad de importación-exportación, hasta llegar al drama de los albaneses y de sus necesidades.

Una breve reflexión sobre los personajes. Primero habían sido agregados de mi mente, posiblemente, a partir de las identificaciones proyectivas de Mimmo: el *Salvaje*, el *Descuartizador*, y, después de sus actuaciones comunicativas, el *vasco/boina* se pudo llegar a que se hicieran pensables y transformables zonas de su mente, antes escindidas y letargizadas.

Durante mucho tiempo esos relatos se quedaron “en los lugares” donde el paciente los ponía antes de entrar (España, África, Albania), con el peso de las

emociones que implicaban en el campo emocional, más tarde los pasaba a nuestra relación, y, finalmente, a su historia personal.

Una situación así me parece que plantea dos problemas: el de la permeabilidad en relación con las identificaciones proyectivas del paciente --y por tanto la necesidad de acoger al máximo lo que proviene del paciente--, y el problema, no menos importante, del límite de las hipótesis interpretativas.

Es decir, el *vasco/boina*, el *Ghana*, etcétera, encuentran su derecho de acogida en cuanto historias y relatos que tienen que ver con la verdad emocional del paciente y con su historia: son las identificaciones proyectivas, las emociones del paciente que deben entrar en las historias, y sólo éstas.

Cada vez que esto no se verifica, el paciente nos lo señala, como veremos luego en el caso de Rosa. Sin embargo, una escucha adecuada siempre permite comprender las señales del texto que podrán aparecer en el mismo discurso del paciente, en la contra-transferencia o en cualquier otro lugar del campo.

Ahora bien, quisiera remarcar que los personajes, las narraciones, los recuerdos, los dibujos, evocados en la sesión, pueden ser repensados desde un vértice como “síntesis de funcionamiento” de la pareja en aquel momento, modificándose y transformándose continuamente según la interacción y las cualidades de esta (Ferro, 1993a; Cancrini-Giordo, 1995).

Cadenas de hechos seleccionados y señalamientos del texto

Para tejer una narración siempre será necesario suprimir un conjunto de historias posibles, para permitir que las prevalentes y más significativas tomen cuerpo y se desarrollen.

Entiendo por historias prevalentes y más significativas las que, derivando de las transferencias y de los elementos beta del campo, permitan y activen el máximo de transformación narrativa (Corrao, 1991). Al fin y al cabo, es la cadena de sucesivos vértices narrativos (o la intersección secuencial de “hechos seleccionados”, Bion, 1965) lo que permitirá el desarrollo de una historia.

Es lo que nos viene a recordar también Diderot en *Jacques le Fataliste*: son muchas las historias posibles, pero a muchas hay que renunciar para favorecer un desarrollo coherente y comprensible de una historia narrable.

Es interesante reflexionar cómo uno de los “mundos posibles” (Ferro, 1993d) a los que se podría entrar por una grave disfunción del campo (mundos

que acabaremos llamando reacciones terapéuticas negativas, transferencias psicóticas, *impasse*, etcétera), son mundos coherentes con lo que sucede, y explican con prepotencia lo que pasa en los intercambios o en los bloqueos, o en las fracturas comunicativas profundas (Nissim, 1984; Robutti, 1992; Barale, Ferro, 1992).

Otros mundos serían impracticables, son como los “senderos interrumpidos” de Cassola, por defensas de la pareja, por resistencias, o incluso cuando las cosas funcionan, porque serían menos significativos en cuanto a favorecer cadenas secuenciales de “hechos seleccionados” (Bion, 1965) con finalidades transformativas. Esta “narcotización”, en narratología, implicaría la limitación de la expansión de mundos posibles.

El texto lingüístico-emocional que se teje con el paciente tiene, además, la capacidad de señalar las posibles “salidas de carril”, pérdida de “riqueza transformativa”: gracias al surgimiento desde cualquier lugar-tiempo del campo (sueño del paciente, sueño de contratransferencia, narración del paciente, imágenes del analista, *acting-in*, *acting-out*, etcétera) de conglomerados de elementos beta a la deriva que no son acogidos y transformados, es decir, de ansiedades o de estados protoemocionales que, en cambio y necesariamente, tienen que ser acogidos y transformados para generar una dirección beta-alfa.

Además, si consideramos el inconsciente no como un lugar-depósito, sino en la acepción totalmente dinámica como nos habla Bion (es la barrera de contacto, constituida por elementos alfa, que procediendo continuamente como una cremallera, abre, separa, distingue, estructura inconsciente y consciente, alimentándolos continuamente a través de las aferencias emocional-sensoriales transformadas), es entonces evidente que las transformaciones de la historia, de los recuerdos, pueden ser mucho más amplias en comparación con otros modelos, justamente por la extrema plasticidad implícita.

Si tenemos presente, también, la distinción que Bion (1962) hace entre “recuerdos” y “hechos no digeridos” que vuelven a estar presentes en el hoy, hasta que la carga que excede la posibilidad de transformación por parte de las funciones alfa disponibles encuentre el lugar y la forma de transformación, de historia, y por tanto susceptibles de hacerse recuerdo (Etchegoyen, 1986; Ferro, 1993f), vemos cómo el campo está lleno de eventos, de hechos emocionales, de construcciones de sentidos: naturalmente esto no es más que la punta del iceberg de fenómenos que esperan ser descritos.

Por último, quisiera remarcar que lo que podría parecer una verdad conversacional (cada vez que no

hay cesuras interpretativas, sino un proceder con la aparente característica de construir juntos un texto de diálogo) que llega al campo como un evento, en realidad es algo largamente “trabajado” por la elaboración profunda de las mentes, y que en este trabajo de elaboración un factor de mucha importancia es la capacidad negativa del analista, como la define **Bion** (1970) recurriendo a la carta de **J. Keats** a sus hermanos, con la que el mismo **Bion** encabeza el último capítulo de *Atención y interpretación*: “La capacidad de un hombre para estar en medio de la incertidumbre, el misterio, la duda, sin un ansia exacerbada de llegar hasta el hecho y la razón”.

Rosa y la enfermedad proliferativa

En una primera entrevista con Rosa, profesora de filosofía, de 25 años, pensamos en la posibilidad de realizar un proyecto de análisis, para el que será necesario esperar, quizá, unos años, por mi dificultad en ese momento del tiempo disponible.

En el curso de ese primer encuentro, Rosa consigue contarme un episodio muy dramático que le sucedió en un viaje y, con mucha determinación, me dice que aunque tuviera que esperar tiempo, ya ha decidido esperarme, al haber conseguido explicarme “aquello” que no había podido hablar con nadie. Yo renuncio a la idea de no tomarla en análisis a causa del largo periodo de espera y acepto su proyecto. En el segundo encuentro comenta que después de nuestra entrevista tuvo --“con un gran disgusto”-- que dejar el colegio en el que se encontraba bien. Después con Marco, un profesor del colegio, empezó una relación en la que él perdió la cabeza y se implicó de forma impresionante. Al mismo tiempo también mantuvo una relación con otro compañero, Aurelio, con el que se dio una relación del tipo “yo seré como tu quieras”; ella desea complacerlo en todo. Además, hay un novio que le garantiza una estabilidad segura, pero que no le satisface completamente; por último, aparece la hermana menor con una “enfermedad proliferativa” y la necesidad urgente de cuidados adecuados.

¿Cómo pensar estos personajes?⁶ Una teoría podría ser la que puede llevarnos a considerarlos, en su prevalencia referencial, como personajes de la realidad externa, importantes por las emociones y los sentimientos que activan en la paciente.

Al mismo tiempo, podrían ser considerados como personajes que se combinan, saturan valencias del mundo interno de Rosa, así pues, desde la referencia externa, tenemos la posibilidad de pasar a una teoría (la de los objetos internos) formando un puente

hacia las grupalidades internas de Rosa y hacia su organización: los personajes evocados de forma especular nos reenvían a objetos internos, a fantasías inconscientes, a fantasmaticaciones de Rosa.

Estas fantasmaticaciones encuentran la posibilidad de ser reconocidas en la transferencia y en la relación que ha tomado cuerpo ya desde las primeras palabras de la primera entrevista: muchos serían los vértices desde los cuales poder ver estas “figuras” como figuras de transferencia y, por tanto, de proyección, y como anticipaciones en la forma de ver la relación transferencial en el análisis (en términos de transferencia de repetición, de transferencia externalizada, de relación entendida como algo único y específico de las dos mentes en el aquí y ahora, función de las transferencias, pero también de las capacidades de acogida y de transformación de la mente del analista: **Di Chiara**, 1983; **Ferro**, 1992; **Folch-Mateu**, 1986; **Manfredi Turillazzi**, 1985).

Estas modalidades podrían ser o no interpretadas según un conjunto de consideraciones técnicas.

Pero hay otro vértice, el de considerar, en oscilación necesaria con los otros, esos personajes como expresión sincrética y pictográficamente narrable de los hechos emocionales acaecidos en la sesión de análisis, en las recíprocas fantasmaticaciones activadas en el campo bipersonal (**Baranger, Baranger**, 1961-62), o mejor dicho en el campo bigrupal que se ha puesto en marcha y que presenta tres principales modalidades emocionales, historias narrables que podrán tomar cuerpo según la interacción de las mentes. Para modular esta interacción contamos con la función analítica y transformativa de la mente del analista (**Hautmann**, 1981) o función de medio transformativo, activadora de historias posibles⁷.

Lógicamente, distintas lecturas estructuran una historia desde momentos muy diferentes: son varias las historias posibles según se introduzcan códigos interpretativos que pongan en primera línea la seducción, la identificación adhesiva, la reconstrucción histórica, etcétera.

En lugar de optar por descodificaciones interpretativas, (que luego generarían otros textos posibles), opto por una contribución abierta al desarrollo narrativo, y le digo que me parece que estamos en presencia de diversos relatos: uno pasional, uno erótico y otro más protagonizado por los afectos (las historias con Marco, Aurelio y el novio).

Naturalmente, los pienso como nuestras posibles tramas o “fábulas”, todas para ser narradas. Pero el texto emocional a cuatro manos (**Nissim**, 1984) tiene esta característica de “ser vivo”, de “sangrar” o de “llorar” por los desgarros de sentido que no son acogidos.

Después de mi intervención, Rosa añade: "Habría querido estudiar medicina: hacer filosofía me parece un juego excitante, pero masturbatorio". Paso por un momento de desorientación; ¿De dónde llegan medicina, filosofía, masturbación? Son una señal del texto, después comprendo; tomé una opción por tres historias posibles, pero me había negado a la cuarta (Cronin, me digo, y la historia de enfermedad, pero también Kronos, de la urgencia de la terapia/análisis, de la urgencia de no perder el tiempo: la enfermedad proliferativa de la hermana, parte de sí misma, o, mejor dicho, la proliferación de emociones incontenibles en el campo emocional).

Aquí son, precisamente, las historias reprimidas pero necesarias las que brotan para volver al texto.

Habría podido hacer una interpretación decodificadora. No entender la autogeneratividad del texto emotivo y referirme a la teoría de la envidia, de la desvalorización, del ataque al vínculo, al -K, o bien, recogiendo la implicación emocional en el aquí y ahora, explicitar el motivo de la aparición de aquella comunicación (al estilo de **Langs** o del último **Rosenfeld**), o también, renunciando a la *bizantinización* del texto, optar por la simplicidad del intercambio emocional y recoger el "lloro del texto", introduciendo (sin interpretación previa) la preocupación por "la enfermedad proliferativa", "la lucha contra el tiempo", "la necesidad urgente de cuidados"... Será el desarrollo del texto el que narrará, otra vez, la congruencia o no de la intervención.

La atención a las señales del texto --emocional-- narrado dará lugar a que no queden suprimidas las historias que tienen que ser contadas y transformadas y todas las historias posibles que pueden permanecer ocultas y que no tienen sitio en la emoción y en la urgencia del hoy (**Faimberg**, 1989, 1992).

El desarrollo de una historia compartida (**Vallino Macciò**, 1993) constituirá el depósito desde donde podrán alimentarse los otros niveles de la grupalidad: "la proliferación de las emociones ya desde el primer encuentro", "el miedo hacia lo que proliferaba", "la necesidad de terapias antiproliferativas" y "cuál sería la terapia más eficaz", después quedarán por escribirse sucesivamente todas las historias, pasando a través del texto de la preocupación por la enfermedad proliferativa, respecto a la que hay que preguntarse si la intervención llegará a tiempo.

Encuentro el tiempo y la forma de adelantar el comienzo del análisis con Rosa.

Laura y los grados

Tengo con Laura una sesión muy intensa en la que, a partir de su pregunta sobre un perfume Fahrenheit que nota en la habitación, me es posible introducir el tema de los grados que marcan las diferencias de temperatura y las jerarquías de un campo que ella habría querido uniforme, indiferenciado, homeostático. Interpreto en este sentido.

En la sesión siguiente, aparece un joven amigo muy apasionado, Giovanni, muy guapo y bien dotado físicamente, "uno de esos chicos que todas las chicas quisieran tener a su lado, aunque fuera una sola vez por semana".

Noto el clima de la sesión excitado, vagamente falso, y me quedo con un regusto de insatisfacción, de algo que ha quedado oculto, no dicho, aunque haya intentado reconducir la presencia de Giovanni a lo que le había dicho el día anterior.

La noche siguiente sueño con un pequeño tiburón, con el que juego, aunque con peligro, que después se convierte en un torpedo, con el que sigo jugando, aunque sea potencialmente explosivo.

Al día siguiente, Laura llega en plena crisis: ha soñado con una niña cuya mamá no tiene útero, una niña sin cordón umbilical. No hay ni mamá, hay un hombre (un varón). La niña se muere de hambre y añade que ha pensado mucho en matarse.

No me es difícil pensar, en este momento, que mis intervenciones sobre los Fahrenheit, grados, gradientes, diferencias, jerarquías, aunque centrados y activos, y que habían satisfecho las partes más adultas de la paciente, (como lo confirma la aparición de Giovanni) estaban sobredosificados para la parte más infantil, la niña que tiene todavía necesidades fusionales o fetales, y cómo esa parte había sido privada de lo que necesitaba para vivir: una disponibilidad emocional plena y acogedora, antes que de interpretaciones puntuales que dejan hambrienta a la niña tiburón, que vuelve explosivamente a amenazar con suicidarse.

La primera interpretación sobre los Fahrenheit habría podido ser, con otro paciente, una buena interpretación con *rêverie*; pero en este caso era aún prematura para sus capacidades de asumirla, así que en ella acabó generando --justamente porque remarqué una diferencia entre ella y yo, entre yo que pienso activamente y ella que se convierte en receptor de una verdad, de una forma para la que todavía no está preparada-- celos, rabia, insatisfacción. Estos sentimientos corrían el riesgo de volverse explosivos.

El sueño de contratransferencia me permite recoger las protoemociones que se habían producido en ella, y que había vertido en el campo, de tal forma

que, guiado por ello, puedo encontrar un sentido para las comunicaciones del día siguiente y puedo sintonizarme con las capacidades y las necesidades emocionales de Laura, aún lejos de tolerar interpretaciones que surgen “demasiado” de mí.

Por lo tanto, considero la sesión desde un vértice del todo interno a la sesión misma, como si se contara precisamente y únicamente lo que pasa en la profundidad de la vida psíquica del campo. Otros vértices, en oscilación con el anterior, es natural que se tengan en mente y permiten considerar el tiburón, Giovanni y la madre sin útero como relativos al mundo interno y al mundo externo real de Laura.

Permeabilidad del campo y recuerdo de experiencias nuevas

Otro aspecto que quisiera subrayar es el de la necesidad de contar con una gran permeabilidad del campo, para que puedan encontrar acceso y transformación los aspectos más primitivos de las mentes. Así, como en el conocido ejemplo de **Etchegoyen**⁸, la entrada de un personaje es sólo el preludeo para su transformación hacia la construcción de recuerdos diferentes relativos al mismo *hecho*, y yo añadiría también al *recuerdo* posible de hechos que nunca ocurrieron si no es en la realización emocional del hoy⁹, que vienen a resignificar pedazos de experiencias anteriores.

Con el único objetivo de hacer un ejercicio, pongamos que, después de la intervención del analista, un paciente *recuerde* el terror que sentía de niño por el padre boxeador profesional y cómo de niño nunca se sintió escuchado por el padre terriblemente violento. ¿Cómo pensar este reencuentro? El padre boxeador reencontrado de esta forma es sin duda una ocasión para un hallazgo importante y seguro que tiene unos componentes constitutivos en relación a la transferencia (sea como repetición o como externalización), pero es también algo que se estructura allí, en el campo, en ese momento. Es la forma con la que determinadas partes del paciente han sentido la intervención del analista --padre boxeador violento-- que, sin duda alguna, agrega en sí la violencia que hay en el campo, también por parte del paciente, y que darán lugar a identificaciones proyectivas que entran en el campo. Ahora, este padre boxeador violento está allí, en el campo donde necesita ser transformado, gracias al *working through* del analista, gracias a su capacidad de gestionar y transformar esta violencia a través de sus intervenciones medidas y contenedoras.

Lógicamente, serán necesarios muchos pasajes, meses o años de trabajo, para permitir la transformación del personaje del boxeador violento en un padre al que “le gustaba pescar”, “acompañar a los niños al colegio” y “encontrarse con los amigos”¹⁰, es decir, el estructurarse en el aquí y ahora de un padre nacido en el aquí y ahora del encuentro relacional, y que irá luego a habitar el Mundo Interno y la Historia, dando lugar a “recuerdos de experiencias nuevas”, uno de los hechos más particulares de nuestra vida mental. Y no me refiero tanto a la desoclusión de otras historias posibles, que habían permanecido ocluidas en la historia prevalente, hecho que presupone asimismo que otras experiencias positivas se den en otro lugar. Dejando en suspenso todo juicio sobre lo que no puedo saber, entiendo que en el aquí y ahora se reestructuran nuevos personajes, nuevas narraciones que luego vuelven (¿o empiezan por primera vez?) a habitar Historia y Mundo Interno. De esto tenemos muchos ejemplos en análisis si renunciamos a escuchar las narraciones de los pacientes sólo como abstraídos al velo de la represión o a la distancia de la escisión, y entendemos su novedad creativa.

Del mismo modo que un personaje o un sentimiento, pongamos “el miedo al padre violento”, puede ser entendido como perteneciente a las fantasmaticaciones del paciente si entra en escena al comienzo de la sesión, más tarde, después de ser comprendido como transformación del “padre competente” entra a formar parte como padre que nace de la relación.

Son realidades de mundos y lecturas diferentes. El “padre violento” y, supongamos, el “padre competente” pertenecen a los tres ejes copresentes en el campo. Los tres podrán ser vistos en la historia, en la fantasmaticación, en la relación: no es que las figuras positivas pertenezcan a la Relación y las negativas al Mundo Interno o a la Historia, también el padre violento nace de la Relación, de las sesiones anteriores, pongamos, de la falta de capacidad de acogida por parte del analista en un momento dado, y ésta, también, es una realidad relacional del campo. Al lado está la realidad del mundo interno. Y al lado, la realidad histórica.

El lugar del conocimiento es la realidad del Mundo Interno y de la Historia, el lugar de las transformaciones es la realidad emocional de la Relación en el Campo.

El analista competente, según mi opinión, se hará cargo de la violencia “del padre” no fuera del campo --defendiéndose, desplazando aquella emoción a la Historia o al Mundo Interno del paciente--, sino que se preguntará desde qué vértice (extraño, absurdo,

psicótico) es realmente para aquel paciente, en aquel momento, un padre que suscita terror (siempre teniendo en cuenta que su forma de ser está sobreterminada, también, por las identificaciones proyectivas del paciente hasta las asunciones de un papel), y como tiene que colocarse, como tiene que transformarse, para permitir la transformación de aquel padre en otro, sensible a las necesidades emocionales del hijo de tal forma que pueda suscitar afecto y gratitud.

Esta transformación relacional en el campo dará vida a una nueva configuración del padre, que luego podrá constituirse como recuerdo de un hecho nuevo en la historia, un nuevo habitante del mundo fantasmático.

Los ejemplos podrían multiplicarse al infinito, pero creo haber aclarado ya qué entiendo cuando afirmo que el lugar de la transformación es el aquí y ahora de la situación analítica y, más exactamente, es la mente del analista, el lugar desde donde se pone en marcha cada transformación.

Al fin y al cabo, un discurso análogo podría ser válido para la entrada en la sesión de cualquier personaje, pongamos, por ejemplo, Francesco: claro que Francesco, seguramente, tiene relación real externa con los hechos respecto a los que es llamado en causa. Probablemente representa algún aspecto del paciente y se refiere a sus funcionamientos escindidos, a modalidades de las que el paciente no es consciente o es una especie de “compañero secreto”, como en *Conrad* (Gaburri, 1986), un habitante de la vida mental del analista. Es todo esto, con mucha probabilidad, pero seguro que Francesco, un nombre, pertenece al campo emocional-lingüístico-afectivo en el interior del que ha tomado cuerpo. (Bezoari, Ferro, 1990, 1991a, ; Ferro, 1993f).

Me pregunto, entonces, cuáles son los vectores emotivos del campo que ha agregado Francesco allí, en aquel momento, en aquella narración, y ver qué transformaciones serán luego posibles del “personaje del campo” y “de sus relaciones”.

Esto es significativo y terapéutico, porque todas estas nuevas agregaciones nos volverán a informar de su Mundo Interno y de su Historia.

Es evidente que este modelo está lejos de otros que, aunque presentes en el campo, miran hacia la Historia como historia real externa o a las fantasmaticaciones como relativas al funcionamiento mental del paciente. Este modelo sustituye el conocimiento y el *insight* por la transformación a través de la metabolización de elementos beta por parte del analista y de la función alfa del campo.

La interpretación exhaustiva dejará de ser central y es sustituida por el trabajo mental hecho por el ana-

lista en la sesión que permitirá en el campo, en la medida de lo posible, un gradiente beta-alfa: el éxito o el fracaso de esta operación será continuamente narrado por el paciente a través de las historias, los hechos, los personajes que traerá a la sesión.

Este modo de mirar lo que sucede en el campo es radicalmente diferente del concepto de experiencia emocional correctiva, ya que no está en juego una forma de ser del analista, cariñoso o comprensivo, de tal manera que se pueda constituir una nueva experiencia positiva: se trata de cumplir experiencias emocionales transformadoras, lo que comporta un alto grado de permeabilidad del analista, y del campo, a todos los aspectos de la transferencia, del mundo interno del paciente, que serán vehiculizados por la repetición y por las identificaciones proyectivas (Tagliacozzo, 1982; Lussana, 1991). Está en juego un modelo dinámico del inconsciente, como lugar-espacio-modalidad en continua formación y transformación: la barrera de contacto, continuamente *abre*, distinguiendo y separando los territorios de la conciencia de los territorios del inconsciente (Bion, 1962).

Si quisiéramos retomar el ejemplo del padre boxeador, sería absolutamente necesario, y un requisito de cualquier transformación posible, que aquella “violencia” pudiera volver a entrar en el campo a través de cualquier “ventana”, las palabras del paciente, sus emociones, sus actuaciones, o por parte del analista con su violencia interpretativa.

Los ejes de la sesión (histórico, relacional, fantasmático, de campo) son sincrónicos y distinguibles sólo según el vértice donde nos situamos; cada uno es de por sí coherente, isotópico y autoconfirmante. Sólo la oscilación de los vértices de escucha puede permitir una visión pluridimensional, capaz de dar grueso a la Historia, al Mundo Interno, a la Relación, al Campo Emotivo y a la manera que tiene el paciente de colocarse en el interior de estos mundos posibles (Ferro, 1992, 1993f).

Macrotransformaciones en la historia

He privilegiado hasta ahora la descripción de las microtransformaciones en la sesión, que son inestables y reversibles y que cambian con el mudar del asentamiento emocional de la pareja analítica. Existe, naturalmente, otro vértice no de menor importancia, el de las macrotransformaciones, estables y no fácilmente reversibles, como las encontramos, a largo plazo, en el proceso analítico (Ferro, 1993f).

Sólo quisiera subrayar aquí que la Historia es un precipitado de narraciones posibles, y que el *après coup* nos confirma que la Historia se escribe sólo a posteriori, o mejor, se crea y toma la forma del “después”: al fin y al cabo, si construimos la realidad misma (**Glaserfeld**, 1981), lo mismo hacemos con la “historia” (**Baranger, Baranger, Mom**, 1988).

Otro tema apasionante es el de la transmisión psíquica transgeneracional¹¹, para el que me remito a las contribuciones fundamentales de **Faimberg** (1985, 1988), **Käes** y otros (1993), así como a los trabajos italianos de **Neri** (1993), **Bonaminio** (1993) y **Meotti** (1996).

Quisiera añadir que un campo suficientemente permeable deviene el lugar-tiempo donde se pueden transformar también las fantasías transgeneracionales del paciente, que tienen que vivir en el campo antes de poder ser identificadas y, por tanto, transformadas.

Pero, en un campo que funcione, esto es válido, además, para las fantasías transgeneracionales del analista. Me refiero a las teorías del propio analista, que tienen que encontrar, a partir de los señalamientos que el campo genera continuamente, la ocasión y la posibilidad de ser también transformadas, a veces incluso de forma radical.

Quisiera concluir recordando que **Willy y Madeleine Baranger**, ya en 1966, escribían: “Lo que fue, probablemente, la obra maestra de **Freud** es haberles podido permitir a sus pacientes (Dora, el Hombre de los lobos, Juanito) el enseñarle algo, y habernos transmitido este conocimiento”.

Notas

1. En un relato, Stefano se encuentra siendo un carabiniere y si en un determinado momento hubiese prevalecido una tonalidad emocional distinta, ésta habría llevado a unos desarrollos en los que en la misma historia, habría podido ser un ladrón, o si hubiese prevalecido un particular comportamiento del padre o de la madre, se habría podido encontrar haciendo, en la misma historia, el papel de piloto de aviación o el de profesor de matemáticas, cuya mujer, azafata, le traiciona con el piloto.

2. Véase la lectura de *Un dramma davvero parigino*, propuesta por Eco en *Lector en fábula* (1979).

3. Había renunciado a la manera habitual de decirle que no podía hacer la sesión y esperar su eventual petición de desplazarla, demanda a la que respondería positiva o negativamente según mis reales posibilidades y, sabiendo que la paciente deseaba, si fuese posible, “recuperar” la sesión, yo mismo había propuesto el cambio.

4. Basco, en italiano. N. del t.

5. Ferro, en italiano. N. del t.

6. El tópico sería: ¿desde qué teoría son considerados? ¿Cuál es el tema que se considera? (Eco, 1979).

7. Pienso en esta función como en una función de frontera, como en la película *Bailando con lobos*, en la que el protagonista se mete en las historias de los indios, se hace protagonista de ellas, para luego volver a separarse y volver a su propia historia después de una doble transformación: la de los indios y la de él mismo.

8. Ejemplo en el que el autor muestra la transformación radical de un recuerdo con el proceder del análisis (Ferro, Meregnani, 1993).

9. ¿Qué valor *objetivo* le podemos dar al recuerdo cuando es *producido* en el *mismo lugar* donde se producen los sueños, es decir, en la transformación de elementos beta en elementos alfa, y cuando sólo así pueden ser almacenados (Bion, 1962) si aceptamos las teorías de Bion referidas a un Inconsciente en continua formación? Véanse también las teorías de los Sandler (1984) sobre Inconsciente Actual y Inconsciente Pasado.

10. Siempre que el analista haya sido capaz de captar los significados, de acompañar al paciente en sus recorridos, de estar disponible en los encuentros, etcétera.

11. Una referencia podría ser, también, al mítico cementerio de Ur de Bion, o al relato de Schnitzler, Riqueza.

Bibliografía

Bacal, H. A., (1985), *Optimal responsiveness and the therapeutic process* en *Progress in self Psychology*, Vol, 1, ed. A. Goldberg. New York: Guilford, pp. 202-226.

Badoni, M., (1996), *Coppie al lavoro: interccio di immagini e costruzioni*. Actes del III Convegno di Psicoanalisi Infantile, Roma, 18-19 de maig.

Barale, F., Ferro, A., (1992), *Reazioni terapeutiche negative e microfratture nella comunicazione analitica*. En Nissim Momigliano, L., Robutti, A., (a cura di) *L'esperienza condivisa*. Raffaello Cortina Editore, Milano.

Baranger, M., Baranger, W., (1961-62), *El muerto vivo: estructura de los objetos en el duelo y en los estados depresivos*. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, IV (4), pp. 217-229.

Baranger, M., Baranger, Mom, J., (1983), *Processo e non processo nel lavoro analitico*. Tr. it. en Baranger, M., Baranger, W., *La situazione psicoanalitica come campo bipersonale*. Raffaello Cortina Editore, Milano 1990

-(1988), *The infantile psychic trauma from us to Freud: greve trauma, retroactivity and reconstruction*. *Int. J. Psycho-Anal.*, 69, pp. 113-128

Bezoari, M., Ferro, A., (1989), *Ascolto, interpretazioni e funzioni trasformativa nel dialogo analitico*. *Rivista di Psicoanalisi*, 5/6

-(1990), *Elementos de un modelo del campo analí-*



tico: los agregados funcionales. *Revista de Psicoanálisis*, 5/6

-(1991a), *A oscilacao dos significados afetos no trabalho da parêlha analítica*. *Revista Brasileira de Psicoanálisis*, 26 (3), pp. 365-374

-(1991b), *Percorsi nel campo bipersonale dell'analisi: dal gioco delle parti alle trasformazioni di coppia*. *Rivista di Psicoanalisi*, 35, pp. 5-47

-(1992a), *El sueño dentro de una teoría del campo*. *Revista de Psicoanálisis*, 49 (5/6), pp. 957-977

-(1994a), *Listening, Interpreting and psychic change in the analytic dialogue*. *International Forum of Psychoanalysis*, 3, pp. 34-41

-(1994b), *Il posto del sogno all'interno di una teoria del campo analitico*. *Rivista di Psicoanalisi*, XL (2), pp. 251-272

Bion, W., (1962), *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós, México, Buenos Aires, Barcelona, 1987

-(1965), *Transformaciones (del aprendizaje al crecimiento)*. Centro Editor de América Latina

-(1970), *Atención e Interpretación*. Paidós, Buenos Aires, 1974

-(1980), *Bion in New York and Sao Paulo*.

Bonamnio, V., Di Renzo, M. A., Giannotti, A., (1993), *Le fantasie inconscie dei genitori come fattori Ego-alieni nelle identificazioni del bambino*.

Qualche riflessione su identità e falso Sè attraverso il materiale clinico dell'analisi infantile. *Rivista di Psicoanalisi*, XL (3), pp. 491-512.

Cancrini, T., Giordo, G., (1995), *Una nave nella tempesta, le bottiglie nel mare: funzioni comunicative e creative del disegno infantile nel rapporto analitico*. II Colloquio nazionale Analisi Infantile, Milano.

Corrao, F., (1991), *Transformation narrative en Ammaniti, M., Stern, D. N., Rappresentazioni e narrazioni*. Il Lavoro editoriale, Ancona.

Di Chiara, G., (1983), *La fiaba della mano verde o dell'identificazione proiettiva*. *Rivista di Psicoanalisi*, 4, p.459.

Eco, U., (1962), *Opera aperta. Forma e indeterminazione nelle politiche contemporanee*. Bompiani, Milano.

-(1979), *Lector in fabula*. Bompiani, Milano.

-(1990), *I limiti dell'interpretazione*. Bompiani.

Etchegoyen, R. H., (1986), *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Amorrortu editores.

Faimberg, H., (1985), *El telescopaje de generaciones: la genealogía de ciertas identificaciones*. *Revista de Psicoanálisis*, 42 (5), pp. 1043-1056

-(1988), *À l'écoute du télescope des générations: pertinence psychoanalytique du concept*. *Topique*, 42, pp. 223-238

-(1989), *Sans mémoire et sans désir: à qui s'adressait Bion*. *Rev. Franc. Psychoan.*, 53, p.1453

-(1992), *The countertransference position and the countertransference*. *Int. J. Psycho-Anal.*, 73, p.541

Ferro, A., (1992), *La técnica en el análisis infantil*. Biblioteca nueva, Madrid, 1998

-(1993a), *Disegno, identificazione proiettiva e processi trasformativi*. *Rivista di Psicoanalisi*, XXXIX (4), pp. 667-680

-(1993b), *From hallucination to dream: from evacuation to the tolerability of pain in the analysis of a preadolescent*. *The Psychoanalytic Review*, 80 (3), pp. 398-404

-(1993c), *Il disegno e le parole come "disegno" all'interno di una teoria del campo*. Richard e Piggie, I (1), p.18

-(1993d), *Mundos posibles y capacidades negativas del analista en su trabajo*. Ponencia presentada al III Congreso Ibérico de Psicoanálisis, Barcelona, 30-31 de octubre 1993. *Anuario Ibérico de Psicoanálisis*, III, p.14

-(1993e), *The impasse within a theory of the analytic field: possible vertices of observation*. *Int. J. Psycho-Anal.*, 74 (5), pp.917-929

-(1993f), *Zwei Autoren auf der Suche nach Personen: Die Beziehung, das Feld, die Geschichte*. *Psyche*, 10 (47), pp. 951-972

-(1994b), *Del campo e dei suoi eventi*. *Quaderni di psicoterapia infantile*, 30

-(1996a), *La sessualità come genere narrativo nella stanza d'analisi*. Ponencia al Congrès (Bion in Sao Paulo: Risonances, Sao Paulo. En empremta.

Ferro, A., Meregnani, A., (1993), *Criteri di analizzabilità e assetto mentale dell'analista nelle interviste preliminari*. Inédito.

Folch Materu, P., (1986), *Identification and its vicissitudes as observed in the neurosis*. *Int. J. Psycho-Anal.*, 67 (2), p. 209.

Gaburri, E., (1986), *Dal gemello immaginario al compagno segreto*. *Rivista di Psicoanalisi*, 32 (4), pp. 509-520.

Glaserfeld, E., (1981), *Introduzione al costruttivismo radicale* en Watzlawick, P., *La realtà inventata*, Feltrinelli, Milano.

Hautmann, G., (1981), *Il mio debito con Bion: dalla psicoanalisi come teoria alla psicoanalisi come funzione della mente*. *Rivista di Psicoanalisi*, 27, pp. 558-572.

Kaës R., Faimberg, H., Enriquez, M., (1993), *Trasmisione della vita psichica tra generazioni*. Borla, Roma, 1995.

Manfredi Turillazzi, S., (1985), *L'unicorno. Saggio sulla fantasia e l'oggetto nel concetto di identificazione proiettiva*. *Rivista di Psicoanalisi*, 31



Meltzer, D., (1982a), *Interventi in allucinazione e bugia. Quaderni di Psicoterapia infantile*, 13.

-(1982b), *Una indagine sulle bugie: loro genesi e relazione con l'allucinazione. Quaderni di psicoterapia infantile*

-*Verità della mente e bugia nella vita del sogno. Quaderni di Psicoterapia infantile*

Meotti, A., Meotti O., (1996), *Gruppo interno, identificazioni multiple e trasmissione transgenerazionale: problemi di tecnica dell'interpretazione. Seminari multipli. Bologna.*

Neri, C., (1993), *Campo e fantasie transgenerazionali. Rivista di Psicoanalisi*, XXXIX (1), pp.43-64.

Nissim Momigliano, L., (1984), *Due persone che parlano in una stanza. (Una ricerca sul dialogo analitico). Rivista di Psicoanalisi*, 30, pp. 1-17.

Pavel, T. J., (1976), *Possible words in literary semantics. Journal of Aesthetics and Art Criticism*, 34 (2), p.165.

Petofi, J. S., (1975), *Vers une théorie partielle du text. Buske, Hamburg.*

Robutti, A., (1992), *Cassandra, un mito per l'ipocondria* en Nissim Momigliano, L., Robutti, A., *L'esperienza condivisa. Raffaello Cortina Editore, Milano.*

Sacco, F., (1995), *De l'agir à la mise en forme ou le destin du figurable en Le dessin dans la séance Psychoanalytique avec l'enfant. Érès, Ramonville.*

Sandler, J., (1984), *The past unconscious, the present unconscious and the vicissitudes of guilt. Int. J. Psycho-Anal.*, 68, pp. 331-341.

Tagliacozzo, R., (1982), *La pensabilità: una meta della psicoanalisi. En Dichiara, G. (a cura di) Itinerari della psicoanalisi. Joescher, Torino.*

Vallino Macciò, D., (1993), *Una storia, le storie, i sogni nell'analisi dei bambini. Leído en el Centro Milanese di Psicoanalisi*, 25 de marzo.

Van Dijk, T. A., (1976), *Pragmatics and Poetics en Pragmatics of language and literature, North Holland, Amsterdam.*